



Sobre la cursada universitaria en tiempos de pandemia. Nuevos y viejos problemas

 Ailen Altschuler, Geraldine Sulkin y Tatiana Strelin

La experiencia de estudiar de forma remota se ha convertido en una instancia nueva y complicada a la vez. El reemplazo del contacto humano por el aula virtual nos genera nostalgia por los abrazos de lxs compañerxs, los mates, los comentarios en el aula, la charla después de clase y “el juntarse a estudiar”. El contenido académico de una clase quedó sujeto a las plataformas virtuales y a la mala conexión de Internet. El papel escrito y la tiza pasaron a ser *bloc de notas*, *docs* y *pdfs* subrayados. Los ojos cansados de tanto leer resisten para poder terminar los contenidos obligatorios de la materia y las evaluaciones asignadas.

Las modalidades en que estudiantes universitarixs vivimos la cursada a distancia muestran la pluralidad de situaciones en que se transita la universidad. Así como son diversos los problemas que aparecen en esta nueva modalidad virtual, en este contexto emergen también las distintas dificultades que atravesaban aquella normalidad universitaria. A continuación presentamos distintos aspectos de las variadas formas en que las autoras de este artículo experimentamos la cursada virtual. De esta manera, inspiradas en algunas lecturas sobre la coyuntura,¹ nos proponemos reflexionar sobre la vida universitaria en este contexto, abriendo algunos interrogantes. ¿Cómo se transita la universidad en tiempos de aislamiento? ¿Cómo nos las ingeniamos para cursar desde la virtualidad? ¿Qué nuevas posibilidades abre la cursada a distancia? ¿Qué cosas quedan en el camino? ¿Qué lazos son fundamentales para transitar la vida universitaria?

1. Este artículo surge de reflexiones dinamizadas por los encuentros virtuales del Equipo Migraciones donde se discutieron textos de Badiou, Berardi, Žižek y Pasquelli sobre la coyuntura actual, en el contexto de pandemia.

¿Clase o teléfono descompuesto?

En las clases virtuales no solo hemos discutido sobre autores y textos, avances de proyectos y nuevas formas de evaluación; también han circulado las dificultades, las quejas y el tedio de estudiantes y profesores que deben adaptarse a esta nueva modalidad de cursada.

Las reformulaciones se han vuelto algo cotidiano. Lamentablemente esta situación forzosa ha dinamizado el ejercicio de repensar las formas de dar clase, de evaluar, de circular la palabra. No ha quedado otra que modificar los programas, los contenidos, la manera de transmitirlos. Algunos cursos han resuelto enfocarse en la transmisión de los contenidos mediante clases grabadas, powerpoints, encuentros sincrónicos, con el foco en que queden bien comprendidos por los estudiantes.

Pero hay instancias —si no todas— de la formación universitaria donde el intercambio cara a cara, la corporalidad, la revisión y reformulación de las ideas, la construcción colectiva de conocimiento son elementos centrales de la cursada. Los seminarios de tesis particularmente están pensados para dar ese debate, ese intercambio donde se pone en evidencia que el sentido se construye socialmente, que nunca producimos solxs y que las conclusiones a las que arribamos en nuestras monografías y trabajos encierran también diálogos, revisiones y comentarios de muchxs otrxs. ¿Qué pasa cuando estos intercambios solo pueden darse entrecortadamente, en conversaciones donde hay que calcular los minutos porque en cualquier momento se va a cortar la comunicación y el espacio destinado a compartir avances, pensar e intercambiar ideas, en definitiva, construir conocimiento en conjunto con otrxs, se ve fuertemente limitado y ajustado a las pautas de virtualidad? ¿Qué lugar tenemos para plantear dudas si el canal disponible no nos es cómodo ni fluido o no sabemos cómo utilizarlo? ¿Cómo generar intercambios potentes si sabemos que estamos todos cansados y que las largas reuniones virtuales agotan? La espontaneidad del encuentro real, la posibilidad de tener un espacio y un tiempo destinado a la clase, aporta elementos específicos y cruciales del proceso formativo que hoy no están presentes. Sin embargo, el cuatrimestre sigue, aunque algunas motivaciones, compromisos y también los mismos estudiantes, queden en el camino.

Comunidad

Una de las clases que tocó tener virtualmente fue un seminario anual. A pesar de algún micrófono silenciado, alguna entrada y salida por problemas de conexión, la clase se dio sin muchos inconvenientes. Para cuando se iniciaron las clases virtuales en la UBA, ya veníamos con un mes de cuarentena, por lo tanto la mayoría ya habíamos pasado por alguna reunión en alguna plataforma digital. La experiencia fue casi “increíble”: un grupo de siete personas, dos docentes, cuatro alumnxs y la titular de la cátedra que hasta ahora pudo asistir a todas las clases. Tener una clase, en la comodidad de tu casa, con tres docentes casi exclusivamente para vos, a la que llegás sin haber viajado dos horas en transporte público, sin haber pasado por ningún congestionamiento, sin salir a las corridas del trabajo para llegar a la clase y sin pensar a qué hora estará terminando para poder ir a buscar a los chicos al colegio a tiempo, es un lujo que muchxs sabremos apreciar, agradecer y aprovechar. Pero la facultad es mucho más que un enclave en la ciudad, es más que un espacio que alberga la reproducción y construcción de conocimientos, o que un lugar donde las personas entran y salen a pesar de y por las peripecias de las rutinas diarias.

La excepcionalidad de este momento que estamos viviendo deja expuestas las fallas estructurales de la institución pública y las sobredimensiona. La facultad pública se ve limitada, no puede venir a cumplir su función de comunidad abierta a todxs, no está pudiendo llegar a poner en acción lo público de la ecuación, eso que tanto defendemos como comunidad de la UBA. El conocimiento es el capital que maneja la universidad y es el manejo de ese conocimiento lo que da poder a la universidad. Pero no es sólo la institución como tal la que tiene el control sobre el conocimiento; también los docentes, los alumnos y los graduados. ¿Qué hacemos con este “conocimiento”, con la conciencia social que trae el acceso a ese “conocimiento”? La comunidad —compañerxs de clases, equipos de cátedras, grupos de investigación, grupos de extensión— se formó, se construyó en el ámbito de la universidad y es ahora la que se ha puesto a los hombros el tratar de suplir las deficiencias de la facultad; es la que incorporó este sentido de conciencia social que sólo la universidad pública puede generar, y es esta comunidad la que intenta con los pocos medios disponibles distribuir lo más democráticamente posible el conocimiento que la universidad produce. Esta es una responsabilidad que tal vez todxs los que estamos y fuimos a la universidad pública deberíamos recordar.

Incomodidades y debates. ¿Universidad para quiénes?

La nueva modalidad que asume la cursada está evidenciando pluralidad de experiencias y situaciones de quienes transitamos la universidad, dando lugar a distintas discusiones y cuestionamientos. Un aspecto que ha sido temor y también denuncia de muchxs en los debates sobre la implementación de modalidades virtuales es la desigualdad en el acceso a los medios virtuales y digitales. En este contexto vemos que a ese dilema se suma la diversidad de circunstancias habitacionales y condiciones sociolaborales de lxs estudiantes que hoy en día pueden volver la cursada algo secundario. Pero también, en esta excepcionalidad hay estudiantes que encuentran la posibilidad de sostener cursadas que en la “normalidad” se habrían vuelto imposibles: por los largos viajes, cuidados de hijxs y obligaciones que suelen interponerse a la cursada. En este sentido, para algunos estudiantes a pesar de encontrar muchos problemas, las clases virtuales brindan una oportunidad para la organización de la vida, el estudio y el trabajo.

A la hora de pensar en políticas educativas, es necesaria una mirada interseccional que atienda a la diversidad de circunstancias que atraviesan a lxs estudiantes para generar una mayor inclusión y acceso a la educación pública. Carecer de una computadora y/o conectividad a Internet es una entre las distintas dificultades que atraviesan los estudiantes. Pero, si la tan llamada “universidad del futuro” (Pastor, 2019) —cuyo formato se compone de clases 100% virtuales— llegó, democratizar los espacios educativos virtuales y la conectividad resulta fundamental a la hora de garantizar la educación pública como derecho universal.

Bibliografía

- » Pastor, N. (2019). ¿Cómo será las universidades del futuro?, *La Vanguardia*, 11 de enero. En línea: <<https://www.lavanguardia.com/vida/20190111/454063739264/como-seran-universidades-futuro-brl.html>>.

Las autoras

Ailen Altschuler

Estudiante de Ciencias Antropológicas, con orientación sociocultural, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Integrante del equipo Migraciones del CIDAC desde 2018.

Geraldine Sulkin

Graduada de la carrera de Ciencias Políticas de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Integrante del equipo Migraciones del CIDAC desde 2017.

Tatiana Strelin

Estudiante de Ciencias Antropológicas, con orientación sociocultural, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Integrante del equipo Migraciones del CIDAC desde 2015.